

La fe perseverante:

Tres ejemplos notables de cómo es imposible agradar a Dios sin la fe

Hebreos 11:4-7

Introducción:

La vida del creyente se encuentra llena de muchas dificultades. Este no es un camino idílico de rosas, paz y prosperidad, sino que, como dijo Pablo: *“Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios”* (Hch. 14:22). Pero, si este caminar está invadido de muchas dificultades ¿de qué manera podremos mantenernos firmes en la vida cristiana? Indudablemente las promesas de salvación que hemos recibido a través de Cristo Jesús nos permiten transitar en medio de las tribulaciones, las aflicciones y las luchas que debemos librar contra el pecado que aún permanece en nosotros y en el mundo, ellas son las que nos dan la fuerza para perseverar hasta el fin. “Peregrino” en su largo y dificultoso caminar hacia la tierra de Beulah, hacia la Santa Sión, logró mantener su paso firme, porque ya había vislumbrado, a lo lejos, la hermosura de esta santa ciudad. Los creyentes nos mantenemos firmes y perseverantes en la vida cristiana porque a lo lejos podemos ver las glorias que nos esperan en los cielos.

Los creyentes hebreos también estaban participando de estas tribulaciones, algunos sufriendo físicamente por la causa de Cristo, y otros, luchando contra los deseos de apartarse de la fe, debido a la influencia de falsos maestros que denigraban de la fe cristiana y ponían por encima la religión judía. Pero ¿Cómo lograrían mantenerse ellos firmes frente a las adversidades que les afligían a causa de haber iniciado el camino de la vida cristiana? De la única manera que lograrían llegar hasta el final, y recibir el premio de la victoria, era, imitando a sus ancestros creyentes, los cuales, así como ellos, padecieron las tribulaciones propias que acarrea el camino a la Santa Sión.

Estos ancestros demostraron poseer la verdadera fe, aquella que se apropia de Cristo y sus promesas de salvación, la fe que persevera hasta el fin. Por eso, con el fin de animarlos con estos ejemplos y mostrarles la resistencia y la persistencia de esta fe, el autor de la carta toma a los más sobresalientes héroes de la fe del Antiguo Testamento y los clasifica por grupos para enseñarles, de manera gráfica y práctica, que la fe perseverante es persistente,

porque ella se basa en la plena certeza y convicción de cosas que esperamos, pero que ahora no se pueden ver con nuestros ojos físicos.

El primer grupo de creyentes del Antiguo Testamento está conformado por tres héroes que, a causa de su fe, recibieron la aprobación divina, el desprecio de los hombres, y por ella condenaron a los enemigos de Dios. Estos tres hombres son Abel, Enoc y Noé. (v. 4-7). Luego, el autor dedica bastante tiempo al que es denominado en las Sagradas Escrituras “el padre de los que son de la fe”, es decir, a Abraham. Este héroe sobresaliente del Antiguo Testamento manifestó poseer la fe que alcanza las promesas y persiste en medio de la ausencia de evidencias tangibles (v. 8-19). En los versos 20 al 22, el autor resalta a los padres de la nación judía, Isaac, Jacob y José, quienes, aunque aún eran errantes en la tierra, estaban convencidos de que Dios les constituiría en la gran nación que había prometido, y con base en esa fe anunciaron bendiciones sobre sus hijos. Luego se dedica un espacio mayor a Moisés, el gran legislador y constructor de la nación Israelita. Por la fe, este hombre pudo sacudir al poderoso imperio Egipcio, logrando la liberación del pueblo y su entrada a una tierra, que aunque era muy productiva, estaba invadida por tribus peligrosas e idólatras, a las cuales ellos debían enfrentar. Por esta fe ellos pudieron vencer y entrar a las promesas que habían esperado por muchos siglos. En los versos 31 y 32, se mencionan los nombres de otros héroes y heroínas de la fe como son: Rahab la ramera, Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas.

Todos estos héroes de la fe se caracterizaron por mantenerse siempre como viendo al invisible, y a pesar de no tener el testimonio tangible de lo prometido, fueron pacientes y aguardaron la promesa, la cual no podían disfrutar antes que nosotros, y por eso ellos murieron sin recibir lo prometido (v. 39), para que todos los creyentes, de todos los tiempos, disfrutemos juntos las promesas de salvación que pueden ser recibidas solo a través de Jesús, el autor y consumidor de la fe (Heb. 12:2).

Empecemos nuestro análisis con el primer personaje mencionado por nuestro autor sagrado, Abel. *“Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella”* (v. 4).

La narración bíblica de la vida de Abel es muy corta, no obstante, su importancia en la historia de la fe es tal que nuestro autor lo pone al inicio de sus héroes. Abel fue el segundo hijo de Adán (Gén. 4:1-2), luego de Caín, quienes nacieron fuera del paraíso y heredaron la naturaleza pecaminosa de Adán. Mientras de Adán se dice que fue hecho a la imagen y semejanza de Dios, de sus hijos se dice que fueron a “*su semejanza, conforme a su semejanza*” (Gen. 5:3), lo cual indica que todos los descendientes de Adán traerían una imagen corrompida por el pecado. Abel fue concebido de padres pecaminosos y su naturaleza también estaba en una condición caída. Abel pudo decir con el salmista “*He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre*” (Salmo 51:5). A pesar de traer una naturaleza depravada por las inclinaciones pecaminosas, la gracia de Dios obró en él concediéndole el don de la fe salvadora, a través de la cual pudo caminar en pos de lo santo, lo bueno y lo que agrada a Dios. Abel tenía padres pecadores y su hermano mayor no era el mejor ejemplo espiritual. Caín había nacido también de padres pecadores, pero en él no había obrado la fe. Su corazón era incrédulo y vendido al mal.

A pesar del estado pecaminoso de la prístina familia humana que habitó la tierra, el corazón de Abel recibió la santa influencia del Espíritu de Dios y conoció a su Creador de una manera plena y transformadora.

Este Abel es considerado un hombre justo, no por sus obras, sino por la fe. El mismo Jesús, hablando de la sangre de los profetas que había sido derramada en territorio de Israel, mencionó la de Abel y le llamó “*Abel el justo*” (Mt. 23:35).

Un hecho de la vida de Abel es tomado por el autor a los hebreos para presentar la realidad de la fe perseverante de este siervo del Señor. Un día, tanto Abel como Caín presentaron ofrendas al Señor. Esta práctica debió ser aprendida de sus padres, quienes de seguro le habían explicado todo lo que pasó en Edén y las consecuencias funestas para sus vidas. También le habrían explicado que ahora solo por medio de la fe ellos podrían tener comunión con ese Dios al que habían ofendido. Es muy probable que, tanto Caín como Abel, presentaran ofrendas a Dios en agradecimiento por la provisión y la vida que les daba.

Lo cierto es que Abel *“ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín”* (v. 4). La excelencia del sacrificio no estribaba en los elementos usados, pues, aunque el texto no lo dice, es muy probable que Caín haya escogido lo mejor de la cosecha, así como Abel escogió lo mejor de las ovejas. Ellos, de seguro, habían aprendido que a Dios se le ofrece lo mejor, no lo insignificante o defectuoso. La excelencia del sacrificio de Abel tampoco está relacionada con el hecho de haber ofrecido una ofrenda de sangre, pues, como luego se deja ver en la Ley de Moisés, el Señor también acepta las ofrendas vegetales como ofrendas de paz.

Hebreos dice que la excelencia de la ofrenda presentada por Abel estaba en la fe. Abel fue un hombre de fe y confiaba plenamente, no en sus obras, o en el sacrificio mismo, sino en la gracia de Dios. Caín por el contrario no tenía fe, era un incrédulo, y *“...era del maligno...”* (1 Jn. 3:12). ¿Cómo sabemos, además de lo que dice el autor de Hebreos, que Abel era un hombre de fe? Génesis nos dice que Dios se había agradado en Abel: *“Y Jehová miró con agrado a Abel...”* (4:4) ¿Porqué miró Dios con agrado a Abel? ¿Por su ofrenda? No. Lo miró con agrado porque Abel confiaba solamente en él para su salvación, su corazón se había humillado ante el Soberano Salvador y la ofrenda fue presentada con contrición, reconociendo que su Salvación y su justicia descansaban solo en la simiente prometida que vendría a salvar a los pecadores. Abel había comprendido lo que luego uno de sus descendientes expresó con profunda emoción: *“Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.”* (Sal. 51:16-17).

Abel y su ofrenda encontraron el agrado de Dios porque en su corazón se mantenía como viendo al invisible y la fe estaba viva en él. No era una fe meramente intelectual o emocional. Tenía la fe sobrenatural que produce las obras de santidad, y éste vivía como un justo. Sus obras hablaban de la justificación que se había obrado en él por medio de la fe, y aprendió a caminar con Dios, viviendo *Coram Deo*, en la presencia de Dios. De Abel se podía decir lo mismo que Dios dijo de Job: *“No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”* (Job 1:8). Abel era un hombre que vivía en armonía con Dios y con los demás hombres.

Abel agradó a Dios porque él se mantuvo siempre en la fe que caracteriza a los salvos. Abel supo lo que a Caín se le olvidó, que “...*sin fe es imposible agradar a Dios*” (Heb. 11:6).

La ofrenda de Abel fue recibida con agrado porque Dios ama la adoración de los que han sido justificados por la fe, pero aborrece las ofrendas de los malvados. “... *dando Dios testimonio de sus ofrendas...*” (Heb. 11:4). El que ha sido justificado adora a Dios con alegría, y su ofrenda es recibida con agrado “...*porque Dios ama al dador alegre*” (2 Cor. 9:7). Pero la adoración de los incrédulos es rechazada por el Señor: “*El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová; más la oración de los rectos es su gozo*” (Prov. 15:8).

“... *y muerto aún habla por ella*”. Es posible que esta frase haga referencia a la sangre de Abel que fue derramada por Caín, y así como las almas de los justos martirizados claman al Señor para que venga sus muertes (Ap. 6:10), la sangre de Abel el justo clamaba al Señor desde la tierra. (Gen. 4:10).

Una aclaración respecto a la forma de cómo Dios dio testimonio de haber aceptado la ofrenda. No sabemos realmente cómo fue esto. Algunos comentaristas dicen que probablemente fue a través del fuego que, en ciertas ocasiones en la historia del Antiguo Testamento, descendía del cielo para quemar la ofrenda, pero esta información no aparece en el libro de Génesis, ni en otro libro. Asimismo algunos creen que Dios envió un viento recio que se oponía a la ofrenda de Caín, pero esto tampoco nos es mencionado en las Sagradas Escrituras. Es probable que Dios haya dado una convicción en el corazón de Abel de haber sido aprobado por Dios. Y lo mismo pudo haber sucedido con Caín.

El segundo personaje mencionado por nuestro autor como un testimonio de perseverancia en la fe es **Enoc**. De este creyente también tenemos poca información. Solo se nos dice que a la edad de sesenta y cinco años engendró a Matusalén (Gén. 5:21), que luego vivió trescientos años más y engendró muchos hijos e hijas, y el verso 24 del capítulo 5 de Génesis narra en pocas palabras la desaparición misteriosa de Enoc, diciendo: “*Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios*”. En la carta de Judas se le menciona como el séptimo desde Adán, es decir, miembro de la séptima generación de la descendencia de Adán.

Aunque la información que tenemos de este héroe procede de una corta genealogía, lo cierto es que fue un hombre de mucha piedad en su tiempo. Si de Job se dice que era un hombre recto, y de Abel que era justo, de Enoc se dice que *camino con Dios*. “¿Qué significa la frase *camino con Dios*? Significa que la persona vive una vida espiritual en la que le dice todo a Dios (véase Gn. 6:9). Enoc vivió una vida normal, criando hijos e hijas, pero toda su vida se caracterizó por su amor a Dios”¹. Enoc vivió una vida plenamente *Coram Deo*, y su cercanía a Dios fue tan profunda, que Dios quiso tenerlo en su presencia sin que pasara por el proceso natural de la muerte. Definitivamente la vida de este hombre fue ejemplar en todo, pero especialmente de una devoción espiritual inigualable, solo superada por el Hijo de Dios.

Aunque la historia de la vida de Enoc, sus obras y sus palabras, son prácticamente desconocidas, no obstante Dios mismo testificó de él que fue un hombre íntegro, justo y piadoso en todos sus caminos. No siempre los más mencionados en la historia son los más santos, o los más vistos o escuchados son los más piadosos. Muchos santos, muy cercanos a Dios, pasan desapercibidos entre el pueblo de Dios.

Pero ¿Cómo pudo Enoc gozar tanto del favor divino, al punto que la Biblia dice que él camino con Dios, y al punto de que Dios quiso llevarlo vivo a los mismos cielos? El autor de Hebreos responde diciendo que esto se debió solo a la Fe. Enoc también nació con una naturaleza pecaminosa y tenía las tendencias depravadas de todos los hijos de Adán, no obstante, en él estaba la fe perseverante, aquella que se aferra a Cristo, y por esa fe camino en este mundo, anhelando ver al Rey de la gloria, y amando la presencia del Padre, al punto que Dios le concedió el deseo de su corazón y se lo llevó a su presencia sin mediar la muerte.

De seguro que el corazón de Enoc, siendo regenerado por la Gracia, debido a la fe que tenía, se mantuvo creciendo en una constante santificación, al punto que anhelaba con ardiente deseo estar en la presencia directa de ese Dios que amaba, tal como hoy día el Espíritu y la Iglesia oran para que Cristo venga pronto por su pueblo. Enoc aprendió a deleitarse en el Señor, y él le concedió las peticiones de su corazón (Sal. 37:4).

¹ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 372-373

Aplicaciones:

- Las ofrendas y la adoración en la cual el Señor se agrada es aquella que procede de un corazón lleno de fe. Pero de esa clase de fe sobrenatural que produce frutos agradables a Dios, porque se alimenta constantemente de la gracia de Cristo. No presentes la ofrenda de Caín ante el Señor, es decir, con un corazón incrédulo, sino hazlo con fe, sabiendo que Dios mira el corazón más que a la ofrenda misma. Y la mejor forma de presentar verdadera adoración es hacerlo a través de Cristo. Si tenemos fe en él entonces presentemos la adoración que agrada a Dios, si confiamos en nosotros y no estamos dependiendo de Cristo, sino que nuestro corazón es incrédulo, entonces no nos debemos a presentarnos delante de Dios, porque solo recibiremos su desaprobación. Pero hoy es el día aceptable y el tiempo de salvación. Si tu corazón es incrédulo y confías en tus buenas obras, confiesa tu maldad delante de Dios y suplica a Cristo se apiade de tu alma y te conceda la salvación.

- Así como Abel siguió ejerciendo influencia luego de su muerte, de la misma manera todos los que son piadosos impactan a los hombres que les conocieron, aún después de la muerte. El ejemplo de un padre o una madre piadosa será recordado por sus hijos, por sus vecinos y conocidos. Los preceptos de un padre o una madre piadosa, aunque en vida fueron escucharon con indiferencia por sus hijos, luego de muertos, pueden ser una poderosa influencia para que ellos vengan a la fe salvadora. Mientras que el mal testimonio de los impíos que han muerto va decayendo y su influencia perniciosa va desapareciendo, lo contrario sucede con el buen testimonio de los redimidos. Entre más pasa el tiempo, luego de su muerte, su testimonio impacta con más claridad. Hermano y hermana, ¿Por qué te recordarán las futuras generaciones? ¿Por ser una persona piadosa que manifestaba su fe a través de las obras santas?

- Abel fue un hermano menor que Caín, y él recibió la influencia de su perverso y cruel hermano. Se nos ha dicho que es más fácil imitar lo malo que lo bueno, y esta es la triste realidad de muchas personas jóvenes. Pero Abel no imitó lo malo ni aprendió de su hermano Caín, sino que se mantuvo como viendo a Jesús a través de los ojos de la fe, y llegó a ser un hombre santo, consagrado a Dios. Abel se aferró a la causa divina y rechazó

la influencia maligna de su hermano mayor. Apreciado niño, joven y señorita que escuchas esta enseñanza, no es verdad que debes imitar lo malo, es posible imitar lo bueno, si sigues las pisadas de Jesús y confías en él. Jesús te ayudará a huir del pecado que hay en el mundo y te fortalecerá para que seas un joven o un niño que agrada a Dios. Abel no cedió a las presiones del mundo, sino que se mantuvo firme en la fe en Dios.

- Enoc vivió en un tiempo donde la maldad de los hombres había empezado a crecer en la tierra. La multiplicación de la raza humana estuvo acompañada de la multiplicación de la maldad, como se dice de los días de su bisnieto Noé “*Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal*” (Gén. 6:5). Pero en medio de una generación maligna y rebelde, Enoc caminó con Dios. Él se apartó de los caminos perversos de la sociedad de su época y se mantuvo firme en la fe de los creyentes, sabiendo que no debemos amar al mundo ni a sus deleites, sino que, como peregrinos, anhelamos las cosas de nuestra patria celestial, y fue su anhelo por lo celeste, lo sublime y excelso tan alto, que Dios le concedió sacarlo de en medio de las maldades de este mundo y llevarlo a la Santa Sión. Hermano y hermana, te pregunto ¿Dónde está puesto tu corazón? ¿En lo terreno o en lo celestial? ¿Cuál es el deseo de tu corazón? ¿Lo que Dios desea o lo que el mundo desea? Si tienes la fe de Enoc, entonces tu deleite será pensar en las cosas sublimes y tu deseo será vivir *Coram Deo*, es decir, en la presencia de Dios.